

Caminando por Fresnillo. Entre la verborrea y el secreto y no

Alfredo Castellanos

Desde el centro cultural Aridia nos dirigimos hacia el centro cultural El Tunal. La cita personalizada es con el escultor José Hugo Pérez para apreciar la exposición de su señor padre, jalisciense, quien pintó en la postrera etapa de su vida de los temas históricos y de la vida cotidiana de su entorno. Me acompañan mi esposa Sandra y el escritor chileno Marcelo Venegas Maldonado. En nuestra visita a Chile, Marcelo nos dictó una plática magistral sobre la historia de su país. Recorrimos el centro de Santiago y sus preciosos barrios, el cerro San Cristóbal, la oficina sede del Partido Comunista de Chile, La Chascona, el río Mapocho y mucho más. Ahora, juntos en Fresnillo, empiezo en correspondencia mi exposición.

Con una verborrea que no me conocía y antes de arrancar a nuestro destino, le comenté que Fresnillo es un pueblo mostrenco que, por cuestiones misteriosas, no cuenta con Cédula Real de Fundación. Y, para acabarla, que en tiempos de la revuelta cristera existió Delfino Rosales, al que le apodaban el Pecaio que, por sus pistolas, quemó los archivos del municipio, dejándonos en plena indefensión histórica.

Siempre hay buenas almas, les digo. Ahí tienen que en los primeros años de 1970 el doctor Monte R. Kenaston (antropólogo, investigador de la Universidad de Memphis, Tennessee, EE.UU.), en un desayuno en el restaurante del Hotel Casa Blanca, entregó al periodista, y a la postre cronista de facto, don Carlos López Gámez, documentos en los que se informaba sobre el poblamiento novohispano de Fresnillo en 1566. Al Dr. Kenaston siempre le llamó la atención Fresnillo, por encontrarlo continuamente mencionado en sus estudios por el mundo, tanto así que decidió visitarlo sin sospechar que aquí encontraría al amor de su vida, la señorita Conchita Aguilar (traductora) con quien se casó en 1973 y tuvo dos hijos (mitad fresnillenses). El destino en acción. A ver si tú no te quedas aquí, le reviro a Marcelo.

Iniciamos nuestro camino. Salimos de la calle Justo Sierra, domicilio de Aridia, seguimos por Mina y casi en la esquina que hace con Aquiles Serdán (antigua calle del Rosario), les anuncio que ahí vivió en su casa estudio don Ricardo Sánchez Ortega, rosacruz e ilustre fotógrafo pueblerino, quien capturó con su lente parte de la vida de los coterráneos: fiestas, personajes importantes y no tanto y hasta muertitos.

Tomamos la Morelos (antigua calle del Deseo). Digo que el teatro Echeverría inicio su construcción, como complemento al Obelisco, en 1833, para conmemorar el XXIII aniversario

sario de la Independencia de México, por lo que su nombre original fue teatro Hidalgo. En su historia, además de teatro, ha funcionado como cine y hasta cantina, en los años cuarenta del siglo pasado. En su costado poniente existió un área ajardinada y a un necio presidente municipal se le ocurrió fincar ahí su casa y de paso ofrecerles terrenos a sus amigos. Ahora es un adefesio.

Al lado poniente de la calle Morelos, enfrente del teatro, en lo que ahora es un estacionamiento, fue un mesón, en él se registró alrededor de 1927 una matazón terrible entre oficialistas y cristeros.

Atravesamos diagonalmente el jardín que hace muchos años fue la Plazuela del Maíz y en cuyo centro se construyó el Obelisco, monumento dedicado a la gesta heroica iniciada el 16 de septiembre de 1810. Fue inaugurado el 12 de noviembre de 1833, siendo presidente de la República el general Antonio López de Santa Anna (de triste memoria) y gobernador del estado don Francisco García Salinas (modelo de gobernante, no como los de ahora). En la esquina sur-oriente del jardín desde una bojería me saluda don Rober. Se llama Roberto López Cásares, hijo de don Rodolfo López Piz, líder minero que participó en un zafarrancho por la presidencia municipal en 1932. Don Roberto, ahí donde lo ven, ha sido un luchador social de hueso rojillo. Por la lucha sesentera de él y otros estudiantes existe la Prepa 3 de la UAZ, recité que la sangre llama.

Por la avenida Juárez (antigua calle del Ángel) y en la desembocadura de la calle Ensaye (que conserva su hermoso y antiguo nombre), están desde los años cincuenta del siglo pasado las oficinas de Correos de México. Les afirmo que en la planta alta de ese inmueble vivió el jefe de esa oficina con su familia. Uno sus hijos es el prolífico fresnillico Víctor (Quito) del Real, director y editor de la famosa y noventera revista *El Gallito, cómic*, y que desde hace décadas se encuentra en la brega avecindado en la Ciudad de México.

En la esquina Juárez e Hidalgo (antigua calle Leyva), les comento, se encontraba la tienda Cajón del Sol en la que se firmaron asuntos de importancia para el pueblo como la firma de compraventa de la mina a extranjeros cuando esta era propiedad

de la solvente familia Ortega (familiares del ilustre Jesús González Ortega). Pasamos por el Hemiciclo a Hidalgo (construido en 1945). En tiempos del mandato de don José Chávez Sánchez (1998-2001) se levantó por «remodelación» el piso de fina talavera, a pesar del coraje del maestro y poeta Juan José Macías, entonces director de cultura del municipio. Aunque corriendo para apercibir al presidente, no llegó a tiempo. Sigo en mi perorata.

Nuestros pasos continúan por las avenidas Hidalgo y García Salinas, que tomamos al final, pasando por los Portales de Lizaola. Les platico que fueron construidos aproximadamente en 1738, merced al auge minero y comercial de la época. Sirvieron originalmente como área comercial y a la vez de resguardo para los comerciantes fuereños. Me dio tristeza y vergüenza ajena ante Marcelo por observar las condiciones en que se encuentran. Son deplorables. Como a él le dio vergüenza cuando vimos con nuestros propios ojos, que se han de comer los gusanos, las mismas condiciones de los edificios totalmente grafitiados de Valparaíso en Chile.

Seguimos gastando suelas, y yo, además, saliva. Por García Salinas (antes calle de la Maestranza), a pocos metros de llegar a nuestro destino veo que Sandra me mira con ojos de extrañeza. Adivino su pregunta: de dónde tanta sabiondez. Sin alcanzar a emitir la pregunta, respondo que ella es testigo de que algunas noches me levanto a leer lo que nos han heredado los hombres a quienes tanto interés el rescate de la historia de nuestro pueblo, sin menoscabo del retorcimiento en su tumba del tal Pecaó.

A partir de la visita del doctor Kenaston se aceleró la creación de la Asociación Fresnilense de Estudios Históricos y Actividades Culturales (AFEYAC) en 1973 cuyos integrantes fueron los insignes señores: Augusto Isunza Escoto, Carlos Estephano Sierra, Carlos López Gámez, Rafael Pinedo Robles, Valentín García Juárez, Héctor Talavera Campos, Alfredo Ramírez, Arturo Barajas y Lorenzo Rivas Valle, entre otros. También, Tobías Carrillo Campos (primer empleador de Daniel Peralta y amigo personal de Tomás Méndez) y Gilberto Cazares

(minero de cepa), quienes plasmaron sus vivencias de manera independiente. A partir de la década de los noventa empiezan a asistir los entonces estudiantes, Arturo Burciaga Campos y Carlos Alberto Torreblanca Padilla para aportar lo que les daba su leal saber y entender.

Le secreteo a Marcelo que los primeros meses de 2016 organizamos un colectivo integrado por jóvenes profesionistas duchos en el área, con el objeto de que no pasara sin pena ni gloria el 450 aniversario del Poblamiento Novohispano de Fresnillo.

Salimos de la exposición, nos despedimos agradecidos con José Pérez, quedando con Marcelo de encontrarnos en el mes de abril en Chile. Iremos al Segundo Encuentro Internacional de Poesía 2024 con sede en Colchagua Alejandro García, Mónica Muñoz, Juan José Macias y lloviznando (y mi inseparable y fotógrafa esposa).